

HÉROES DE ESPAÑA

Adria Ibañez
4º ESO
INSTITUT DE TREMP

COPIE EL TÍTULO DEL RELATO Y PÉGUELO AQUÍ

AGUSTINA

COPIE EL TEXTO DEL RELATO Y PÉGUELO AQUÍ

Truenan los cañones al son de una Zaragoza ardiente. Demasiado pronto, demasiado inesperadamente ondean las banderas francesas tras el horizonte calcinado. Todo caos y muerte, llantos y gritos cargados de la pena que produce observar con impotencia cómo el hogar se derrumba. Inesperadamente ella, mujer entre las sombras, escala los cuerpos y las murallas con la asfixiante seguridad de quien encierra dentro sí cien mil palomas inquietas: Agustina, rostro ceniciento que encierra en sus entrañas las miradas de las españolas sin voz.

Agustina no llora. Agustina no tiembla. Agustina se aferra al último peldaño que la lleva a la cima de una colina desde donde se alcanza a ver una Zaragoza muy distinta a la de ayer. Esta Zaragoza malherida olvida la ciudad que fue, ahora injustamente invadida, una ciudad que ahora pasa por sepulcro. Agustina acaricia la silueta de un cañón mientras se aproximan los corceles relinchantes, protagonistas de sus peores pesadillas. "No todo está perdido", se dice. Sus últimas fuerzas le valen para agarrar con determinación una antorcha astillada que se le clava en la carne como cien agujas hirvientes. Pero Agustina ni se inmuta. Sabe que hoy su vida no vale la de un pueblo. Toda su vida, vestigio de una mujer trabajadora y humilde, joven y hermosa, se concentra en esta antorcha, en estos segundos dolorosos: no hacer caso a su corazón sería una traición inolvidable. El fuego danza triunfante en sus manos que alcanzan la figura del cañón y, en un último suspiro, enciende el último disparo que esta noche ofrecerá. Y es como un aullido, un silbido de noche, un engendro de luna, que derrota a la oscuridad ante el relincho de un corcel. Agustina se desploma, con los oídos vibrando, bajo la sombra del cañón que resopla. Escucha un chillido, una orden en francés, y un alejarse de los caballos. Bajo los astros, la guerra calla.

La herida ya no le duele. Sabe muy bien que las cicatrices siempre esconden buenas historias, y la suya no es una excepción. La Zaragoza humeante muestra una herida mucho más profunda y dolorosa, matriz de todas las historias y leyendas que en una sola batalla pueden escribirse. Y en la cima, un cañón. Agustina se levanta de la cama y rápidamente se ofrece a ayudar a los heridos. Sabe que su vida ya no le pertenece. Ahora el pueblo es su alma, la gente su causa. Agustina de Aragón, la Artillera, pasea entre las calles de una Zaragoza en recuperación, antes de partir hacia nuevas empresas. La pintan, la condecoran, le escriben versos bajo el cielo inglés^[1]. Yo observo su retrato que cuelga de la pared del museo, y veo en su rostro firme la esperanza, el combate continuo que lleva a la paz duradera. Agustina de Aragón permanece imperturbable al acecho de algún valiente por inspirar.

Antes de volver la mirada para despedirme de ella, pienso que su mirada esconde la seguridad de la heroína que fue sin quererlo, mujer sencilla que persistió, joven guerrera y defensora de un pueblo maltratado. Agustina, imperturbable hasta el fin de sus días, desaparece en cuanto tuerzo la esquina, aunque algo de ella anidará por siempre dentro de mí. Al salir del museo, Agustina me acompaña. Me habla del coraje, me confía unas últimas palabras antes de volver a los libros de Historia indefinidamente. Sus palabras, fruto de la audacia, truenan en mí como el más potente disparo de cañón. Desde la ventana del coche distingo una Zaragoza espléndida tras los jardines y los mantos de verdes vergeles, una Zaragoza que, quién sabe, hoy podría ser diferente si no se hubiera alzado el rostro de Agustina bajo el cielo agrietado. El rumor de la gente en movimiento, feliz entre las plazas, se repite dentro de mí, queriendo ser yo quien, cuando esta ciudad peligre de nuevo, escale el monte hasta accionar el cañón, motor de la salvación. Y allí, en medio de todo, ella. Agustina, tallada en roca, estatua en vida, se yergue ante mí, y parece que me sonríe. "De vez en cuando necesitamos algún que otro cañonazo de valentía...", me digo. *Toda una eternidad le regalaría.*

[1] *Harold Childe*, Lord Byron